EULOGIO DE LOS L. MOLINA

HACIA COPACABANA

(Novela)

La Paz.—(Bolivia)

1913

EULOGIO DE LOS L. MOLINA

Hacia Copacabana

(NOVELA)



LA PAZ

Tipografía de La Verdad.—Junín, 13.

1913.



EULOGIO DE LOS L. MOLINA

Al Sr. Dr.

Abel Yturralde

Talentoso é inquebrantable defensor de la causa católica, dedico esta novela de sana y desinteresada propaganda moral.

El Autor.



Prólogo

A todos cuantos han tenido la gratísima satisfacción de ir en romería á Copacabana, interesará por cierto lo que se diga ó se escriba con relación á este Santuario.

He ahí el móvil que me ha determinado á escribir la novela «Hacia Copacabana», y ofrecerla, especialmente, á las dignas personas, en cuya compañía á mediados de Noviembre del próximo pasado año, viajé á Copacabana. Tan familiares nos son, por otra parte, el nombre, tradiciones é historia de Copacabana, que pocos habrá que no lo recuerden con especial afecto.

He querido hacer una novela sucedida, histórica, en la que todos, por lo menos cuantos han ido á Copacabana, se reconozcan actores y partícipes recorriendo sus memorias íntimas, sus impresiones de romero ó *tourista*; gocen ó sufran con la narración sencilla y breve de lo que un día, más ó menos lejano, experimentaron también éllos. Presento, pues, una novela que se relaciona con las creencias, costumbres y esperanzas de la generalidad de nuestro pueblo, desde el aborígena altoperuano hasta al criollo boliviano, desde aquel que creyendo y esperando es feliz hasta aquel otro que siente la necesidad de pensar é indagar la razón de las cosas.

Tiendo á presentar una serie de cuadros, ya risueños, ya enternecedores, tomados de la realidad para interesar y producir un eco de simpatía y entusiasmo por

Copacabana, una *idea—fuerza* por el genio y pasado de nuestra tierra, en quienes no han tenido la ocasión de visitar ese Santuario; cuadros que les muevan á conocer y á estimar la vida en una de sus manifestaciones más atrayentes y bellas, de tal modo que les sobren energías y se ennoblezcan al influjo de ideales enaltecedores.

No es, por tanto, como pudiera juzgarse, una obra nacida á los simples halagos de la hermosa ilusión y el sentimiento tierno, sinó á la perspectiva renovadora de una vida mejor, más cercana al bienestar individual y social.

Para lograr tales propósitos, he procurado reunir en esta novela, las notas dispersas del recuerdo, las «resonancias del camino» y los mejores anhelos míos.

La Paz, Verano de 1913.

Eulogio de los L. Molina.





I

Sopla el viento halagador, veloz como la esperanza, cuando el bote «Porvenir» se aproxima á Tapokha.

—Allá, donde están esas casuchas, sin color, adorno ni alegría, allá está Tapokha—dice el viejo obrero Bartolomé á su nieto Alejo, que se alboroza al ver una serie de *balsas*.

—¿Allí, donde están esas *balsitas*, papá? —interroga Alejo, señalando hacia donde se vé el velamen de totora de las *balsas*.

—Sí, hijo, esas *balsitas* vienen de Tapokha; son de los indios pescadores que buscan su sustento en el fondo de las aguas, asi como otros de éllos, lo buscan en las entrañas de la tierra....

En este momento, el viento se torna contrario é imprime al bote un movimiento de popa á proa.

—¡Esa vela! ¡esa vela, Martín!—grita el remero Tarqui, que se manifiesta más cortés y afable desde el amanecer.

—¡Dale al remo! ¡dale fuerte!—grita á su vez el animoso remero Hipólito.

—¡Bravo capitán! ¡bravo!—exclaman los obreros para quienes, desde la noche pasada, Hipólito se habia hecho simpático.

Al oir esta espontánea exclamación, Tarqui que remaba con empeño cesa de remar y refunfuña:—

—Mejor fuera remar y no alborotar. si no queremos pasar esta noche más en el lago......

Mientras tanto, se cruza este breve diálogo entre el universitario Pérez Manrique y Pacífico Flores:

—¿No lo distingues?

—El «Manco Kapaj»

—El mismo.

—¡Mira! llega ya á Tapokha.

Tarqui, después de refunfuñar, pide un cigarrillo para continuar bregando. En sus facciones ásperas á las que rara vez asoma la sonrisa, aparece de improviso una expresión de resignación. Al arreglarse el poncho para remar, ha visto sobre su pecho, junto á su corazón, la imajen de la Virgen de Copacabana; sus ojos adquieren entonces un brillo apacible, ya no lanzan miradas siniestras. Quiere ayudar y esmerarse con todos, previniendo todo lo necesario para el desembarco; quiere ser remero, timonel y cargador.

Complace gustoso á todas las exigencias, no escatima sus esfuerzos, él, que momentos antes, ¡manifestábase hosco, duro, reconcentrado.

—Tarqui ¿á qué hora llegaremos á Copacabana?—pregunta uno.

—¿Dónde puedo alojarme en Tapokha?. —le consulta otro.

—Convenido. Me fletas un mulo y dos pollinos—le insinúa un tercero.

—¡Páseme, Tarqui, ese bultito!—le grita otro.

—Levante U. esta vela que nos molesta—le gritan con acento de mando otros.

Como una fragancia de las flores de otros tiempos, trasmitida por sus mayores, narra en medio de su expanción y entusiasmo, á instancias de los obreros, las sencillas tradiciones de la raza aymara.

«En aquellos tiempos, dice, cuando aparecieron por vez primera en el cielo los *urpos* (nubes) y resplandecieron las *huara-*

huaras (estrellas), en el despertar de la naturaleza, volaba una ave por las alturas, á su paso nacía la luz: era el espíritu del *Wiñay—Ahkiri* (Dios eterno) Cuanto más volaba, más estrellas se encendían, esfumábanse más hermosas nubecillas que se revestían de oro y esmeralda, plata y topacio. No habia sombras, los *Auoccas* (espíritus malos) se perdieron en la noche de la reprobación divina; el *Apu,—Urpy—Wya* (paloma celestial) no podia volar hasta ellos.»

«Los *Taapakas* (ángeles) en cuyas facciones habia luz de aurora y alegria de cielo, eran los habitantes de la región de la luz; sus vestidos tenian coloraciones de rubí, zafiro ó diamante rosa. Uno de estos *Taapakas*, ha desendido hasta Copacabana y Tapokha, á la que pronto vais á llegar, por eso hubo tanta luz de aurora y tanta alegria de cielo donde antes no hubiera sino *chullpas* (gigantes primitivos) »

Al llegar á este punto de su narración, adquieren sus ojos un brillo atrayente, rema con más fuerza y prosigue:

«Cuando los *Tapokhas* (habitantes de Tapokha) reflejaban en su vida la alegria del cielo y la amenidad del campo, entonces no necesitaban de la *quena*, porque no tenían angustias de qué quejarse, ni les exacervaban la ferocidad y el despecho, porque no les acosaba la miseria».

Así habló Tarqui y calló; á poco rato se oye la sonora voz de don Segismundo Barrón, que exclama:

—¡Oh! qué noche amigo Pácifico!

—¿Ustedes como nosotros?

—Si, señor, ; eso no es para ser narrado.

—¿Y qué es de Pérez?

—Está recojiendo sus maletas, se muestra algo contrariado y dice que anoche no ha podido recibir gratas impresiones, pues, se lo impedió la lona que á guisa de toldera le echaron encima los remeros.

—Que se consuele y guarde alientos para la vuelta.

—Allí viene con ese grupo de personas que acaban de desembarcar.

II

En la lobreguez de la noche, caminan por la senda de Tapokha á Copacabana, el letrado Gonzalo García y los obreros Bartolomé Achábal y Atanacio Ordóñez, y el indio Aukhallí que les sirve de guía. De cuando en cuando se detienen cansados por las fatigas del camino; van silenciosos, como si temieran interrumpir con sus voces el silencio solemne de la naturaleza. De pronto Atanacio Ordóñez se adelanta hacia Bartolomé Achábal y le dice muy quedo:

—¿Ha advertido Ud. don Bartolomé, que hoy, cuando Tarquí narraba sus tradiciones, el joven Pérez Manrique quería decir algo que se lo impidió la premura del desembarco?

—Ah! sí: yo adverti que no solo quería hablar sino que se emocionó vivamente cuando Tarqui, dijo que antes los *Tapokhas* reflejaban en su vida la alegría del cielo y la amenidad del campo y que entonces eran felices......

—¿Por qué se impresionaría así ese joven? ¿tendrá alguna preocupación?

—No, don Atanacio; lo que hay sencillamente es que Pérez Manrique está enamorado.

—Pero, ¿á qué vendría el emocionarse al relato de una tradición que nada tiene que ver con el amor? .....

—Yo también digo lo mismo; lo único que puedo asegurarle, es que en el alma de ese joven, como en un cofre, hay encerrados muchos secretos como joyas de valor.

—¡Y siendo tan católico!

Mientras tanto, Gonzalo García caminaba silencioso, á paso rápido, como si le

urgiera llegar lo más pronto á Copacabana. Se detiene ante una límpida corriente de agua y le dice al indio:

—Oye, ¿qué punto es este que parece una cordillera?

—Es Viluyo, *tata*; pronto vamos á llegar á Copacabana.

Dicho esto, Gonzalo se entrega á su habitual silencio y prosigue caminando más á prisa.

Se oyen ya cantos de gallo, precursores de la media noche, y ladridos de perro que no cesan de turbar la calma nocturna. Los cerros que se levantan á un lado del camino, muestran sus caprichosos perfiles, á los que da mil formas la fantasía, ya de espíritus petrificados, ya de gigantes gentes; mientras al otro lado se yerguen los *colles* (buddleja coriacea) con su copa como una sombra. En el cielo brillan las estrellas con luz más intensa, incitándoles á contemplar la belleza de sus constelaciones.

—Hemos dejado atrás el calvario del Niño-dice Atanacio Ordóñez.

—¡Gracias á Dios, vamos á llegar á tu santuario, Mama de Copacabana! – exclama Bartolomé Achábal, destocándose con devoción y dirigiendo sus ojos hacia el templo que se delinea en medio de las sombras.

—¡Qué camino! ¡qué noche!

—La Virgen bendecirá nuestros trabajos, don Atanacio: Ella sabe acojer benigna el culto que, á pleno sol, animados de cristiana alegría, le rendimos, así como la plegaria ingénua que, en la serenidad de la noche, como un eco de tristeza, le enviamos desde la oscuridad......

Ah! cierto—exclama de improviso Gonzalo—la Virgen Santísima, por delante de cuyo templo estáis pasando, sabe iluminar las conciencias oscuras, luciendo en ellas como una estrella, y devolver su lozania á los corazones como á las flores.

Llegan frente á la Hospedería y se oyen estas voces:

—Esta es la Hospedería; golpée Ud.

—¡Portero! ¡portero!

—Abranos, somos romeros de La Paz; acabamos de llegar de Tapokha.

III

Con el paso inseguro del forastero, pasean á las primeras horas del día, Pérez Manrique y Pacífico Flores en la plaza de Copacabana. Han salido del templo, después de haber oído misa, enternecidos de haber presenciado esas escenas que tocan al sentimiento y que siempre se producen en las *llegadas* al Santuario. Miran por aquí y por allá, por si hay alguna persona conocida con quien compartir sobre las peripecias del viaje, pero sus miradas no descubren facciones amigas, á no ser la del buen viejo Bartolomé Achábal, que va recorriendo las tiendas de antiguos conocidos suyos, afanoso por entrevistarse con todos los que viven aún en el pueblo de sus mocedades. Entonces, como aprovechando de la frescura de la mañana y del escaso tráfico, Pacífico Flores se detiene y dice á Pérez Manrique:

—Y ¿sabes tú si su familia ha visitado este Santuario?

—Lo sé; ahora dos años estuvieron acá.

—Ah! yá me figuro; ha de ser muy trabajoso, pero, rara vez, bien inspirado venir desde los Yungas hasta esta tierra; venir del país de la flores y frutas al país que se asienta en las márgenes escarpadas del Lago.

—No sólo vienen de los Yungas, sino de todos los ámbitos de la república, hasta de allendo las fronteras patrias, de donde hay una lágrima ó alienta una esperanza; por eso no te sorprenda el que María Rosa y su familia hayan venido á esta.

—No dudo que vengan gentes de to-

da variedad y clase; solo si me asalta una incertidumbre: creo sinceramente que raras personas vienen trayendo un ramillete de afectos para la Virgen; los más, juzgo que vienen por que no está bastante cerca la costa del Pacífico para veranear, ó por que el ansia de andar y variar de paisajes les empuja á ello.

—No, Pacífico; solo los corazones en flor y los carácteres bien templados, se alistan en la romerías que visitan estos lugares: é indénticos móviles han impulsado á todos cuantos vienen; María Rosa no puede ser una excepción, ella también con su familia ha sido impulsado por la invencible corriente que obliga á los pueblos, como á los individuos, á realizar romerías, á abrir surcos en la sementera, desentrañar la riqueza mineral, emplear las fuerzas de la naturaleza en los progresos de la mecánica......

—Para mi, siempre será cierto, que mientras el espíritu cristiano no se encarne en el caracter y en la sensibilidad de todos nosotros, no haremos romerias sino por costumbre, cuando el mérito estaría en iluminar nuestro camino en la vida con la luz meridiana que luce en el Santuario.

—Me hago cargo de tus dudas acerca del fervor religioso que inspira las romerías á Copacabana; sin embargo, te puedo asegurar que en la natuleza íntima del alto peruano, persisten y persistirán, muy acentados, la idea y el sentimientos religiosos.

Acaba de pronunciar Pérez Manrique estas palabras cuando Pacífico Flores, deteniéndose en la esquina de la calle de la Hospedería, le interrumpe diciendo:

—¿Conoces tú á aquellas señoritas que están en los balcones de la Hospedería? ¿vinieron también en compañía nuesnuestra?

—No podría decirte de cierto quienes sean; aproximemonos para reconocerlas,

supongo que serán las personas que han llegado por el vapor.

Adelantan sus pasos por la calle de la Hospedería y llegan á la puerta de ésta, en momentos en que Gonzalo García viene con su andar apresurado del lado del templo.

—¡Oh! amigo Gonzalo, nole hemos visto desde nuestra llegado á Tapokha.

—Salí ayer tarde de Tapokha, creyendo llegar á esta á la hora de las *salves*, pero no nos fué posible, á pesar de la buena voluntad que teniamos por andar y andar......

—¿Con quienes vino Ud.?—Pregunta Pérez Manrique.

—Con los obreros Achábal y Ordónez.

—Ah! qué excelente compañía!...Achábal es un buen viejo, lleno de energías, como todo católico de buena cepa—dice Pacífico Flores, haciéndose visible su intranquilidad por preguntar quienes eran las señoritas que seguian en los balcones de la Hospedería.

Por fin bajando la voz pregunta:

—¿Dígame, García, Ud. no sabe cuando han llegado estas señoritas que están en estos balcones?

—Esta mañana, muy temprano, Urízar, cantor del Santuario, nos participó que habían llegado hace días estas señoritas procedentes de los Yungas.

—¿Le dijo de los Yungas?

—De los Yungas. Y agregó que sabía que iban á permanecer algunos días más.

—¿Dónde vive Urízar?

—Se le encuentra en la casa cural.

—Perfectamente; no se pierda, Gonzalo; hasta luego.

—Hasta luego; nos veremos más tarde.

—Le esperamos en la plaza.

Pérez Manrique y Pacífico Flores entran á la Hospedería, no sin antes haberse fijado que las señoritas aludidas habian

desaparecido de los balcones. Gonzalo García tuerce por la esquina á paso largo.

IV

Hasta fuera del templo se oye la armonía que las voces varoniles producen cantando las glorias de la Virgen: son los obreros de la romeria que entonan con vigoroso acento, con la franqueza del cristiano, esas estrofas que se elevan diciendo:

«Yo vengo á cantar
tus glorias aquí,
porque los bolivianos
pensamos sólo en tí.»

Conforme van cantando y recorriendo la gama de sus creencias y esperanzas puestas en verso, más hermosa resuena su voz unísona haciendo eco en los ámbitos del templo y en el corazón de los que les escuchan. Sólo la fe puede hacer que los obreros, los hombres del trabajo, fuertes y ásperos, puedan entonar cantares que ennoblecen y dignifican, como canciones de la niñez.

Cesan en su canto para oir la palabra confortante del sacerdote, la que se va desenvolviendo como una gasa celeste, suave y hermosa, cayendo como un torrente, vistiéndose con los colores del iris, iluminando poco á poco, como la luz rosada de la alborada besa las cumbres..........

Oran por todos, porque no hay perfume más expansivo que el de la oración fervorosa, y salen del templo más ágiles, más alegres, más felices......

Desde la puerta del templo se dispersan; unos exclaman: ¡vamos al muelle! otros gritan: un *match de foot ball*: todos están contentos, los viejos como si hubieran rejuvenecido y los jóvenes como si supieran que su juventud iba á ser perdurable.

Isaac Villamil, joven obrero, es de los más entusiastas; va y viene, juega y hace desternillarse de risa á todos con sus

humoradas atrayentes, llenas de gracia picaresca.

—¡Que juegue de *baks*, don Bartolomé! —grita Villamil; y don Bartolomé embiste á la pelota para pegarse un porrazo, que produce hilaridad general.

—Oye, Lucas, que á todas horas manducas, pásame esa bolita—dice Villamil á Lucas Guarachi, quien no se contenta con pasar la pelota sino que quiere hacer un soberbio *eleven*, en medio de los ruidosos aplausos de los circunstantes que gozan de sus desaciertos atléticos.

—¡Isidoro! cuidado con el *goal*!—

—Si yo no soy *goal kipper*—contesta Isidoro Barrientos.

—Por lo mismo, es lo mejor que puedes desempeñar, ¿á quién se ha visto como á tí, jugar como si estuviera defendiéndose de los mosquitos ó zancudos?

—¡Bravo, Villamil!—prorrumpen los jugadores, en tanto que Villamil corre, retrocede y brinca en pos de la pelota, dando animación al *match*.

Don Bartolomé, con la experiencia recibida ya no quiere jugar, contempla las incidencias del juego sentado delante del pórtico central del atrio del templo. Le acompaña Atanacio Ordóñez, que al ver á Urízar se dirije hacia él, en demanda de las *phasankhallas* que éste le habia prometido.

—*¡Goal!goal!* es el grito clamoroso que resuena, sobresaliendo la voz estentórea de Villamil entre las de los demás que se agrupan á su rededor.

V

En una de las galerías de la Hospederia, Evangelina Lucero y Nélida Carreras hablan con Ernestina Segurola, Adelaida Rosales y su hija Alicia Rosales, formando entre todas ellas un simpático grupo.

—Iremos hoy á conocer el Tribunal y la Horca del Inca ¿les parece?—dice Evangelina.

—Al Tribunal podemos ir, pero la Horca está muy lejos....allá—contesta la señora Adelaida, señalando el calvario del Niño.

—No, si no es lejos, señora Adelaida; ya verá usted como llegamos sin sentir-insinúa Nelida Carreras y tocando una rosa que tenia prendida en el pecho, continúa:

—Alicia, anímate, vamos; he advertido que estos dias has estado muy recogidita; si aquí hemos venido á pasear, hija.

—A mi, más me agrada la devoción fervorosa de estos hombres; quisiera imitarles-dice Alicia mirando á los obreros que discurrian por el patio de la Hospederia.

—Nos quedan pocos dias de permanencia y tenemos que llenar muchas devociones –dice á su vez la señora Ernestina.

—Cierto; pero ellos han venido en romeria y es consiguiente que se muestren devotos y recogidos—insiste Nélida.

—¡Resuelto! vuelvo en seguida—exclama Evangelina, encaminándose á su alojamiento.

—Yo me quedo, no me será posible acompañarlas; tengo resuelto asistir al triduo que estos piadosos obreros están ofreciendo á la Virgen—responde Alicia, y con más viveza prosigue:

—Yo siempre he admirado á estos buenos hombres que, sobreponiéndose á los respetos humanos, á la moda, hacen pública ostentación de nuestra santa fe; á veces he creido encontrar en ellos á los primeros cristianos que confesaban su fe ante los tiranos y en el suplicio; ¡ah! he recordado á Vinicio y Ligia del «Quo Vadis».

En este momento, Evangelina vuelve presurosa y exclama:

—¿No vamos á realizar el paseo convenido? si ya las creía encontrar en marcha.

—Alicia no quiere acompañarnos; mejor será que bajemos al muelle—le contesta Nélida.

—¡Qué broma! exclama Evangelina— ¿ó se trata de jugar?

Vayan bajando; que en seguida vendremos—dice la señora Adelaida.

Entretanto, á dos ó tres sones de la campana de la Hospedería, se reunen y forman los romeros, y Pérez Manrique y Pacífico Flores, salen á la calle y se dirigen á la plaza.

Avanzan imponentes las columnas de obreros y jóvenes romeros, entonando con voz robusta sus himnos religiosos; pasan por debajo del pórtico central del atrio y penetran al templo. Por detrás van muchas mujeres y entre ellas las señoras Adelaida y Ernestina, acompañadas de Alicia y la pequeña Rosminda; también se encuentran Nélida y Evangelina, que habián dejado de ir al muelle.

VI

—¿Hablaste con Urízar, Manrique? pregunta Flores tomándole del brazo.

—Logré hablar y me ha dado algunos datos que confirman mis presentimientos.

—Y ¿qué te dijo entre otras cosas?

—Que las de abrigo de color azul y lila, han llegado de los Yungas, que se llamán Nélida Carreras y Evangelina Lucero; en cuanto á las otras solo sabe que se han acompañado con ellas.

—Algo es algo; hemos avanzado un poco.

—Yo no tengo ya la menor duda de que ellas son relacionadas de María Rosa, pues es bastante revelador que vengan de los Yungas, cuando en La Paz, dos días antes de nuestra partida, supe que había llegado uno de su familia.

—Pues entonces, procedamos sin pérdida de tiempo, porque alguno de los obreros me dijo que pensaban ellas hacer

el viaje de vuelta en bote, por la vía de Tapokha.

—No es creible que se resuelvan á pasar por las incomodidades que ocasiona un viaje en bote.

—Sea como fuere, ahora el tiempo es oro, Manrique, y si no nos damos prisa, no podremos saber nada de María Rosa.

—Estoy dispuesto, y yo como el que más quiero darme prisa, pero hoy he prometido visitar al Padre Amadeo.

—Ya sabrás disculparte, lo urgente es ir al muelle, donde probablemente las encontraremos en compañía de la señora Brígida.

—Sí, vamos; porque tú bien sabes que en mí nada hay oculto ni ilícito; quizás tenga secretos, alimente esperanzas, pero son secretos y esperanzas purísimas, sin mezcla de maldad, como las de todo joven cristiano; quizás tenga sed de amores ¡que corazón no la sentido en la vida! pero son amores que no envilecen, ni manchan, que atraviesan como una saeta sonrosada el corazón....

—Pero, Manrique, la realidad es otra; sin ir tan lejos como Vargas Vila hasta decir ama á las mujeres y no á la mujer, se puede decir que en esto del amor hay que ser calculador y egoista, tener en cuenta la utilidad próxima.

—¡Ah! nó, te equivocas, cuando se ama sin una norma, sin un ideal, cediendo á los impulsos locos de la pasión, como se ama y se hace tragedias de amor en la sociedad anticristiana, es consiguiente, es necesario, es una triste realidad, lo que Vargas Vila ha dicho; pero cuando se quiere, cuando se ama, elevando el amor á la sublime categoría de sentimiento ennoblecedor y santificable, iluminado por la gracia divina, entonces el amor no exige volverse calculador ó goista, la inquietud que se apodera de los seres que se aman es deliciosa y hasta las lágrimas que se de-

rraman por él, son dulces..........

—Sin embargo, es evidente que gran parte de nuestra juventud, se obstina en encontrar el amor allí donde no esta sino el interés, la frivolidad, el instinto, á lo mucho el engaño ilusorio.

Llegan al muelle y se alejan recorriendo las orillas del lago.

VII

Está á la vista una mesa de comedor, vistosamente aderezada y rodeada por alegres comensales; la profusión de flores y luces dá animación á la fiesta. La algazara aumenta momento á momento; no ha llegado aún el momento de los brindis: todos hablan con moderada expresión, produciéndose de cuando en cuando estrepitosas carcajadas, á que dá lugar alguna agudeza de Patricio Patzi.

La entrada de Gonzalo García, es saludada con un palmoteo general, que se repite cuando éste, después de haber hecho una expresiva venía, toma asiento.

Llenas las copas del vino color de topacio, párase Melitón Ariñez levantando su copa en alto y empieza diciendo:

«Señores: Festejamos una fecha magna, todos los amigos y correligionarios reunidos aquí. Un derecho y un lazo común nos unen en este día; este derecho, este lazo común, es el de la amistad. Hemos querido manifestar nuestro afecto al distinguido amigo el Sr. Trifón Villarreal, en el día en que se restituye á su hogar. Que la Providencia le depare largos años de gratísima permanencia entre nosotros y que coopere al progreso y civilización de su amado terruño. Y ahora que he nombrado las luces del progreso y de la civilización, permitidme, señores, que os diga algo tocante á ello. El progreso, la civilización, que es el engrandecimiento y la felicidad, los conseguiremos cuando el fana-

tismo desaparezca y la sotana y la cogulla huyan de nuestros lares, cuando no veamos frailes ni por asomo, cuando no se encuentre ni sombra de monjas. Por esto, señores, no desearía que ningún joven tenga la desgracia de ser clerical en pleno siglo XX, en que ha muerto para siempre el conservantismo.

Nosotros, como decididos radicales, levantemos compañeros esta copa, que es la fiel representación de nuestra unión y amistad.

—Bravo! bravo, Ariñez! muy bien dicho! viva el Partido radical!—son los gritos estentóreos que repercuten en el comedor.

Se ha despertado el prurrito de ser orador, *la mona ciceroniana* está en auge, y Patricio Patzi, poniéndose en pie, dice:

—Yo pido que hable Gonzalo García!

—Claro! que hable Gonzalo García! que hable!......es el clamoreo general que contesta á esta invitación. Todos miran á Gonzalo, esperando con ansiedad que hablara, pues, traía éste la fama de ser un clerical convencido y ardoroso.

Se incorpora con simpática compostura, dirige á todos una mirada acompañada de una ligera sonrisa y empieza con pausa:

—«Jóvenes amigos: No soy quien deba expresaros lo mucho de bueno y confortante que implican la amistad y el compañerismo. Lazo de oro que confunde las almas: he ahí la amistad. Soplo primaveral al que se abren los corazones como las flores; he ahí el compañerismo».

Un palmoteo efusivo, seguido de *¡bravos!* continuados, le interrumpe.

«Hay días, jóvenes amigos, dice prosiguiendo, en que ese lazo se reanuda, en que ese soplo primaveral orea nuestras frentes con su frescura; y uno de estos es el que hoy celebramos».

«Yo quisiera que ligados por ese lazo

y fortalecidos por ese soplo vivificante, interrogáramos á nuestra conciencia, que quiero creer disfruta de vida intensa, sobre si trabajamos en nuestra esfera propia por el progreso y la civilización tan anhelados».

«El progreso y la civilización, vendrán, surgirán entre nosotros, cuando apartándonos de toda preocupación é intransigencia, seamos cerebros que cooperen á conocer la verdad, corazones que se agiten por el bien ageno ó brazos que se esfuercen por el bienestar general».

«Estoy convencido que estaréis conformes conmigo, en que el vivir en el siglo XX, no obliga ni por un momento á acatar sus errores y sus desvios, sin proyectar la luz de la verdad sobre las doctrinas é ideas novedosas; por el contrario, nos impone la obligación de luchar por la fe y la moral cristianas, en estos días en que falta mucha luz por carencia de fe y sobran la intranquilidad y el desasociego, porque se hace caso omiso de la ley moral».

«He querido ser parco; pocas palabras bastan para hacer eco de convicción y simpatía en el corazón de la juventud; por estos propósitos míos y por el amigo á quien festejamos, salud, jóvenes amigos».

—Bravo! bravísimo!—gritan los comensales.

—¡Que se repita!—vocifera Facundo Bermúdez, que es uno de los principales radicales.

—García, salud!—exclama Patricio Patzi vaciando su copa—

—Por el Dr. Gonzalo García voy á tomar este vaso—exclama Anastacio Balboa, que hasta este momento había permanecido silencioso, mostrándose solícito por ver si las copas estaban llenas.

En las piezas continuas, los de la orquesta se preparan á tocas sus guitarras y mandolinas en son de baile, cuando Trifón

Villareal se pone en pie y agradece á sus invitados.

VIII

El recogimiento más piadoso, se advierte en las filas de obreros arrodillados á los pies de la Santísima Virgen: unos están con los ojos fijos en Ella, como si quisieran llevarse en la retina su imagen milagrosa; otros, con la vista baja, porque una lágrima anubla sus ojos.

Entonan su canto de despedida, solemne como una promesa de perseverancia, firme como el clamoreo de una legión, fuerte como un aliento para luchar contra el error y el vicio.

«De tu divino rostro
la belleza al dejar,
permíteme que vuelva
tus plantas á besar».

Tales son, entre otros, los versos que cantan. Al salir del templo ya no se dispersan alegres y felices: el desconsuelo asoma á sus rostros, porque pronto van á dejar á su Mama de Copacabana. Se dirigen con cautela á la Hospedería de donde no tardan en salir guiando y caminando tras de sus acémilas; á la delantera camina Bartolomé Achábal, en compañía de Isaac Villamil. Al verlo pasar Pérez Manrique y Pacífico Flores, que están parados debajo de uno de los pórticos laterales del atrio del templo, van á su encuentro y le dicen:

—¿Ya se va Ud. don Bartolomé?

—Estamos ya en marcha, ¿y ustedes se quedan?—contesta don Bartolomé, deteniendo al mulo en el que va montado su nieto Alejo.

—Deséamosle un felíz viaje; nosotros nos iremos por el vapor.

—Que la Virgen Santísima les bendiga á ustedes que permanecerán más tiempo en su Santuario; confíe siempre Ud. en Ella—contesta don Bartólomé, dirigiéndo-

se á Pérez Manrique, y prosigue caminando con mucho brío.

Por todas partes, no se oyen sino palabras de despedida; mientras tanto, Pérez, Flores y Gonzalo García, que habían subido á la torre del templo, contemplan pensativos y apenados, como si presintieran algo inesperado, á los viajeros que se alejan en larga caravana por el camino que se ve hasta más allá del calvario del Niño.

—¿Qué hora marca tu reloj, Gonzalo? —pregunta por fin Pérez Manrique, visiblemente inquieto.

—Las dos menos un cuarto.

—Es hora; vamos Pacífico.

Bajan presurosos de la torre y se dirigen hacia la Hospedería. Gonzalo, al pasar por la casa de Domingo Figueroa, tendero del lugar, se queda en élla.

IX

Ginetes en criolla cabalgadura caminan por la vía de Copacabana á Yunguyo, Gonzalo García y Armando Arrieta, con el objeto de hacer una excursión de recreo á este pueblo de la nación vecina.

El camino recorrido es llano, sólo al acercarse á las fronteras de la Patria, hay una pequeña y pedregosa subida. Está á la vista de los excursionistas la capilla de Caasani, que se asienta sobre las mismas fronteras.

Un sentimiento extraño, brote de amor patrio, apodérase de sus ánimos, conforme va llegando el momento en que por vez primera atravesarán una de las fronteras de la amada Patria.

—Estamos ya en territorio peruano; no tardaremos en llegar á Yunguyo—dice Armando Arrieta, espoleando con más fuerza á su mulo.

—Dicen que en este territorio no se siente afecto alguno por los bolivianos, que se los odia, Yo no creo, no quisiera creer

tal aserción, porque ello importaría querer desatar los vínculos de la sangre, la historia común y, más que todo, la convivencia con que estos pueblos bolivianos y peruanos están ligados.

—Nos hallamos conformes, Gonzalo; ¿te acuerdas? el día que ingresé al ejército me he sentido feliz de servir á mi patria, he querido ser patriota en la medida de mis fuerzas; pero esto no obsta á que sienta simpatías hondas por este país de mis mayores..

—Yo siempre he creido que son ocurrencias de patrioteros las hostilidades, que se dice, sufren los bolivianos, inventadas, exajeradas, no para distanciar á los pueblos hermanos, sino para hacer fortuna en su propio país, labrarse popularidad, surgir en el *politiquco*......

Llegan á las afueras de Yunguyo, donde Arrieta reconoce á un antiguo camarada suyo. Entran al pueblo por una callejuela, desde la que se vé la aglomeración multiculor de gente, que en los días domingos se reune en los pueblos del altiplano.

Delante de una casa de patio espacioso, desmonta Gonzalo y pregunta á un hombre que está parado en la puerta:

—Disculpe; ¿es está la casa cural?

—La misma, señor; pase Ud. ya no tardará en llegar el señor cura.

Gonzalo y Armando están ocupados en desensillar sus cabalgaduras cuando penetra el cura del lugar, que digiéndose donde estaban los excurcionistas, les recibe con afecto y les invita á pasar á su sala rectoral.

—Hemos querido, señor cura, venir á visitar este pueblo, aprovechando de nuestra estadía en Copacabana—dice Gonzalo.

—¿Es por primera vez que ustedes, mis amigos, visitan Yunyuyo?—pregunta el cura.

—La primera, señor cura; tal la causa

por que hemos venido bastante animosos á estos países hermanos—contesta Gonzalo.

—Sí, hermanos siempre, es lo que importa—exclama el cura y acomodándose mejor sus lentes, prosigue:

—Puesto que profesamos una misma fe, practicamos unas solas virtudes y combatimos comunes flaquezas de la naturaleza humana, ¿cómo no hemos de ser hermanos, aunque no hubieran otros vínculos que nos estrecharan?.

En este momento, penetran algunas personas que al parecer eran miembros principales del vecindario. Al verlos el cura se levanta y exclama:

- ¡Oh! don Ignacio ¿cómo ha estado Ud.? ¡de cuanto tiempo le veo!

—Nos hemos apresurado á visitarlo, Padre; no hace dos horas que hemos llegado de Zepita—responde Ignacio Balderrama, vecino acomodado del pueblo.

—Gracias, don Ignacio ¡yo que le estrañaba tanto á usted! y ¿qué ha sido de mi amigo Diego? ¿me habían dicho que no pensaba volver aún?

—No me fué posible concluir mis asuntos con la rapidez que hubiera deseado, pero, ahora, Padre, ya permaneceré acá.

—Ojalá! ojalá! Voy á presentar á ustedes á mis amigos que acaban de llegar de Copacabana—dice el cura. Gonzalo y Armando ofrecen sus servicios á los recién llegados.

Después de algunos momentos en los que departen amigablemente, Gonzalo se levanta y dice:

—Como la hora es propicia, señor cura, puesto que tenemos que volver esta misma tarde á Copacabana, nos será gustoso con su venia salir á pasear y conocer el pueblo.

—Con mucho gusto, mis amigos;

vuélvanse con toda confianza á la casa de este amigo y servidor de ustedes.

—Gracias, señor cura; con su permiso.

X

—¡Esto es terrible, Dios mío! ¡haber venido á tu Santuario, Virgen portentosa, para saber que María Rosa se muere!—exclama Pérez Manrique, que en la palidez mortal de su rostro manifestaba su intenso sufrir.

—Calma, Manrique, no desesperes; ya nos iremos á La Paz y entonces lo sabrás todo—dice Pacífico Flores, tratando de confortarle en esos momentos de crísis.

—Y de que me servirá saber los detalles del hecho cuando María Rosa ya no existe, se ha ido........

—Pero el hecho parece que no está confirmado; fuera de la noticia que te ha comunicado la señora Brígida, no hay nada que te asegure de la muerte de María Rosa.

—No, para mí no hay incertidumbre posible: esta mañana, antes de que se vayan los romeros, Evangelina y Nélida habían recibido una carta cuya lectura las conmovió demasiado, entre sus sollozos ahogados decían: María Rosa, pobrecita! y después no se las volvió á ver, porque se retiraron á su pieza. Esto me ha dicho la señora Brígida, á quien he preguntado por ellas. Pérez Manrique hace esfuerzos por mantenerse sereno y prosigue:

—Y haberse ido ellas á Tapokha, apresuradamente, para efectuar el viaje por bote, en compañía de los romeros, ¿qué quiere decir sino que mi desgracia es una triste realidad?

—No sabía nada de lo que acabas de avisarme; al frente de estos nuevos hechos no puedo sino aconsejarte la resignación.

—El mundo, Pacífico, no sabe inspirar, ni conoce la resignación; sólo la Religión católica es la religión del consuelo y

la esperanza, solo ella, sabe plantar siemprevivas y una cruz al borde mismo de la tumba. María Rosa ha muerto, pero acá, en el templo, vive Nuestra Santísima Madre de Copacabana: entremos á su templo.

En el silencio y la paz qne reinan en el templo, á esas horas apacibles del atardecer, se prosterna Pérez Manrique y como si las energías le faltaran, se reclina en el respaldo de un banco; Pacífico Flores, que le sigue á algunos pasos, se prosterna también.

Por las ventanas del templo que dan hacia el poniente, penetra la luz amarillenta del ocaso, iluminando el rostro sombriamente bello de Pérez que se ilumina más cuanto más lo besa la luz de la tarde.

Por fin, como despertando de un profundo letargo, dice: Virgen Santísima, cúmplanse los designios sapientísimos de tu Divino Hijo!

Llaman ya las campanas al rezo cuando salen del templo Pérez Manrique y Pacífico Flores; un airecillo fresco y fragante, les sopla cuando pasan por delante de las tres cruces que se alzan en el atrio.

XI

Cuando Gonzalo García y Armando Arrieta, vuelven á la casa cural, después de haber paseado por el pueblo, encuentran más personas que las que vieron á su llegada. Se trataba de una candidatura á diputado que las huestes católicas llevaron al triunfo. Había triunfado el candidato católico Manuel Uriarte y sus partidarios acudian á felicitarle á la casa cural, donde se alojó de paso á los demás pueblos de su distrito electoral.

La llegada de los dos forasteros causa viva curiosidad entre los circunstantes que aumentaban de número. Ignacio Balderrama y Diego Albarracín les indican, á media voz, que los jóvenes forasteros

eran bolivianos, ardorosos partidarios de la causa católica; razón por la que habian sido vejados y excluidos en su país, con zaña sectaria, de toda participación en las granjerias que son gaje del *politiqueo*.

Como vibracionas musicales, asi llegaban los ecos triunfales de la Organización Católica Nacional. Uriarte habia sido uno de los muchos servidores de la causa católica, que en franca lid electoral, obtuvo la confianza popular.

La simpática demostración cívica al candidato victorioso Uriarte, se hace más animada cuando el presidente del Comité provincial, le saluda á nombre de sus correligionarios y concluye diciendo:

—Va el señor Uriarte al parlamento, llevando nuestra representación: él abogará por nuestra fe, por nuestros derechos y por nuestros ideales. La Organización Católica Nacional, se congratula de contarle como á uno de sus miembros, que se ha esforzado por aunar las disgregadas fuerzas católicas, las que hoy son como las palpitaciones de un gran corazón lleno de gozo.

—Algo he hecho en la medida de mis energias—contesta Uriarte—no todo cuanto hubiera deseado hacer en pro de nuestra causa. Lo importante para el porvenir es que los católicos nos damos ya cuenta de nuestra situación; de hoy en adelante no será fácil ni posible que sufran menoscabo nuestra fe, nuestra libertad y nuestros intereses, porque opondremos á sus conculcadores la barrera de la ley y del derecho, garantizados por nuestra unión y fuerza. Agradezco á mis correligionarios, que responden al eco de triunfo que hoy repercute en el país todo.

Estas palabras de Urmeneta despiertan el entusiasmo cívico entre los asistentes, quienes dirigen sus miradas á Gonzalo García y Armando Arrieta, los que, se-

gún se podía colegir, se preparaban á partir.

Se adelanta el cura hacia los jóvenes excursionistas que avanzan á despedirse y dirigiéndose á todos, dice:

—Vuelven á Copacabana, por tener suma premura, estos amigos y correligionarios nuestros; ojalá lleven gratos recuerdos de este país al que tanto me han manifestado estimar.

—Llevaremos, señor cura, recuerdos imborrables de este pueblo al que conociéndole se le llega á querer; y tanto más imborrables cuanto más observamos que lejos de la patria ausente, se respira el aire saludable de la justicia y del derecho—contesta Gonzalo García.

—Sus palabras sinceras comprometen nuestra gratitud; y esperamos, lo deseamos ardientemente, que mañana, debido á los esfuerzos de jóvenes vigorosos como ustedes, reinen en el país hermano la verdad y el bien—dice á su vez Manuel Uriarte.

—Señores, hasta la vista!—dice haciendo una venia general Armando Arrieta.

—Feliz viaje! feliz viaje!—responden todos.

Gonzalo y Arrieta parten á todo galope; al pasar por la plaza del pueblo aquél le grita á éste.

—Armando! vamos á la carrera; es preciso estar en Copacabana antes de las ocho de la noche.

Como sombras fugaces que se lleva el viento, se alejan y desaparecen en medio de las oscuridad de la noche.

XII

Aquella noche, después de haber salido del templo Pérez Manrique y Pacífico Flores, se retiraron á su alojamiento. No cesó de molestar sus oidos una música lúgubre, como una sucesión de lamen-

tos, que tocaban al rededor de las tres cruces, en sus flautas de madera, unos indios venidos de Corque. Tampoco cesaba Pérez Manrique de suspirar hondamente, sumido en un silencio casi completo, mientras Pacífico Flores trataba de leer, sin poder fijar la atención, algunas páginas de las poesías de Antonio Machado; logrando tan sólo fijarse en los versos que comienzan diciendo:

«Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.....»

«Ante el balcón florido
Está la cita de un amor amargo.....»

No pudieron conciliar el sueño reparador de tantas emociones hasta las primeras horas de día: el insomnio les dejó á la hora en que comenzó á clarear el alba.

Se despiertan sobresaltados, como si durante el sueño hubieran continuado experimentando las emociones del día anterior.

—Vamos á misa, Pacífico;—dice Pérez Manrique—en seguida visitaremos al Padre Amadeo.

—¿No sería mejor que antes vayamos á preguntar al capitán de puerto cuándo arribará el vapor?—insinúa Pacífico Flores.

—No, no es necesario, ya no tardará en arribar; lo mejor es ir donde el Padre Amadeo, que es un sacerdote bueno y ejemplar.

—Como tú desées, estoy dispuesto á seguirte; me parece que tienes razón.

—A los pocos momentos, salen de la Hospedería y se encuentran con la señora Adelaida y Alicia, las que regresaban del campo; las saludan con toda atención y se dirigen al convento, donde penetran por

la casa cural. Al entrar se encuentran con Urízar que los conduce á la celda del Padre Amadeo, en momentos en que éste se preparaba á salir.

—¡Oh! cómo está señor Pérez Manrique¡ qué perdido andaba Ud!—exclama el Padre Amadeo.

—Harto deseo tenía para visitarlo, pero...... y Manrique no pudo continuar, porque se lo impidió la emoción que le quedaba como una resonancia.

—Pero las excursiones y ocupaciones no le han dejado tiempo ¿no, señor Manrique? dice el Padre Amadeo, mirando con particular afecto á Pérez que baja la vista.

- Hemos paseado, por el contrario, muy poco, Padre; Gonzalo García es el que esta disfrutando de las excurciones—dice Pacífico Flores.

—¿Gonzalo, está ausente?

- Sí padre; ha ido á Yunguyo, en compañía de Armando Arrieta,

—¿Cuándo volverá?

—Supongo que ha vuelto ayer mismo, pues asi me dijo antes de partir.

—Qué Gonzalo tan animoso para emprender viajes; es un consumado *tourista!* ¿Y por qué está tan esquivo el señor Manrique? le advierto algo preocupado......

—No, Padre, no es nada; es que anoche me dormí un poco tarde, estuve leyendo las odas del poeta Agostino Cameroni.

—No hay que preocuparse demasiado, señor Manrique; quizás sea la nostalgia de estar lejos de la ciudad natal....

—Y ¿no sabe usted, Padre, cuándo llegará el vapor?—pregunta Flores.

—Es posible, casi seguro, que hasta mañana esté en ésta; sería bueno que pregunten á Gonzalo, pues ha debido traer algunas noticias de Yunguyo—dice mirando fijamente á Pérez Manrique, como si quisiera escudriñar en su alma, y prosigue:

—Y ¿por qué no se han animado á ir á

Yunguyo, en compañía de Gonzalo? Es preciso distraerse y pasear hasta que llegue el vapor. Supongo que habrán andado ustedes por *Cusiahta*, *Titicachi* y otros puntos comarcanos.

— El tiempo nos ha sido escaso, fuera de que Manrique ha estado estos días indispuesto; apenas hemos subido al calvario de la Virgen, desde donde, gracias á los anteojos marinos que trajo Gonzalo García, pudimos gozar del magnífico espectáculo que ofrece el lago.

—¡Oh! sí es una vista muy hermosa, Padre—exclama Manrique. Con la suave locución que le caracteriza, continúa:

—Contemplar el azul plateado del lago confundiéndose con el azul del cielo, será siempre hermoso; cuanto más se le contemple, tanto más aire oxigenado habrá en la vida, más luz y afectos, más nidos de amores y esperanzas. Por eso me agrada subir alto, muy alto, porque cuanto más asciendo, tanto más cerca me siento de Dios, que habita en las alturas, y lejos, muy lejos, de las miserias de la vida.

Acaba de hablar Pérez Manrique cuando se oye estridente y prolongado el pito del vapor que acaba de llegar.

—¡El vapor! ¡el vapor!—exclama Pacífico Flores—vamos, Manrique ;estaremos, Padre, á despedirnos.

Salen corriendo del convento.

VIII

Surca el vapor «Yavari»; á bordo de él se encuentran: Pérez Manrique, Gonzalo García y Pacífico Flores, divisando con sus anteojos la sucesión de cerros que va dejando atrás el vapor. Gonzalo está locuaz, habla de su paseo á Yunguyo. Pérez Manrique se muestra reservado, no cesa de mirar hacia donde, según la brújula, se encuentra Copacabana; y Pacífico Flores habla con las señoras Adelaida y

Ernestina; en tanto que Alicia, acompañada de Rosminda, le mira con sus expresivos ojos negros.....

—Felices ustedes—exclama la señora Adelaida hablando con Pacífico Flores—que han tenido la dicha de ver de cerca á la Virgen!

—En verdad que es una dicha. Es tan imborrable la impresión que deja esta imagen portentosa, que de seguro no lo olvidaremos en nuestra vida: su rostro dulce y afable, como no hay rostro humano; sus miradas que hacen eco en el corazón del creyente y del incrédulo; sus manos en actitud de recibir propicia todas las súplicas, atender á todas las necesidades y repartir sus gracias; todo, en fin, contribuye á hacer de la Virgen de Copacabana una solicita intercesora nuestra.

—Ustedes han obtenido—continúa la señora Adelaida—esa gracia por todos los que no hemos podido verla de cerca, á pesar de nuestros grandes deseos, así como por todos los que anhelan visitar su Santuario, sin poder realizar tal anhelo. Ella les colmará de sus bendiciones á ustedes que, como raros jóvenes, no temen manifestarse hijos suyos.

—Al igual que los obreros que han venido en romería—agrega Alicia.

—No tanto, señora; pero por lo menos, á Dios gracias, comprendemos la noble misión de la juventud, que no es la de desperdiciar sus dones de entusiasmo, desinterés y sinceridad en objetos y preocupaciones fútiles.

—A mí, siempre me desagrada—dice la señora Ernestina—ver esos jóvenes frívolos que se ocupan de vestirse, como si el fin de la vida fuera la moda; esos otros que sin ser avanzados en ideas, se hacen mazones, nada más que por congraciarse con el que gobierna; esos otros, en fin, que nada son, que viven como si no vivieran.

—Cuando vinimos—dice Rosminda—

yo ví uno de esos en Guaqui, muy orondo y relamido, que miraba con supremo desdén á los sacerdotes.

—Esos jóvenes hoy abundan mucho, ya no son *rara avis*, están en auge. Ser espíritu fuerte está actualmente en moda.

—¡Pobrecitos!—exclama la señora Adelaida—ya abrirán los ojos, les ciega la conveniencia del momento; cuando escuchen a solas, la voz de su conciencia, entonces se despertarán......

—¡Oh! mira, mamá, aquella bandada de gaviotas; ¡qué hermoso!—exclama Alicia, que está de brazo con Rosminda

—En el trayecto—dice la señora Adelaida, dirigiéndose hacia el lugar desde donde la llama Alicia—vamos á ver muchas más, por estos puntos abundan las aves.

Dicho esto, se dispersan como los demás pasajeros en alegre compañía, ya apoyándose en la barandilla del vapor, ya sentándose en los asientos que hay en cubierta, ya penetrando en los camarotes para resguardarse del excesivo calor.

Se divisa ya Guaqui, cuando los viajeros arreglan sus equipajes para desembarcar y tomar sin dificultad el tren que les conduzca á La Paz.

IVX

Han trascurrido dos años. Se celebra en Copacabana la tradicional y famosa fiesta de Agosto.

Hay en la plaza un bullicio que aturde, producido por la música de los bailarines indígenas; como en un mar de gente, se ve el oleaje multicolor, característico de la indumentaria de los habitantes del altiplano. En medio del rumor general sobresale el pregón de los chifleros y vendedotes ambulantes, el grito de los *ancleros*, loteros y embaucadores de todo género. Por en medio de la multitud apiñada, llega al templo Pérez Manrique, que acaba de

arribar, con su vistoso uniforme de marina. Al verlo le siguen muchos curiosos, deseosos de contemplar á este apuesto marino que venía á rendir sus homenajes á la Santísima Virgen.

Sube al Camarín y se postra á los piés de la Virgen, donde permanece por mucho tiempo, con la vista fija en Aquella que dos años antes había imprimido rumbos definitivos á su vida. Al levantarse advierte con sorpresa que su íntimo amigo Pacífico Flores estaba á poca distancia de él, en compañía de Alicia Rosales, con la que había unido su destino. Quiere hablarle, pero le detiene el respeto y veneración que debía al lugar, y sale ansioso para esperarle en las puerta del templo.

No tarda en salir Pacífico Flores, que á su vez, había reconocido á Pérez Manrique, aunque no dejaba de dudar.

Casi simultáneamente exclaman:

—¡Oh, mi querido Manrique!

—¡Mi recordado Pacífico!

—¡Que dichosa casualidad! yo te creía viajando á Europa, la última noticia que supe de tí me hacía saber que estabas en Río Janeiro.

- Estuve en Río Janeiro y Buenos Aires, de donde he venido acá, para este día en que, como bien debes recordar, se cumplen dos años de nuestra estadía en este Santuario. Y á tí, ¿cómo te ha sonreído la suerte? nada me hiciste saber á mí, que en el puerto donde tocaba mi nave, preguntaba por si tenía correspondencia de tí.

— Yo he tenido, durante tu ausencia la suerte de unirme en el afecto y en la vida á Alicia, que no tardará en salir del Camarín en compañía de su tía Ernestina.

—Te felicito, querido Pacífico; y díme ¿qué es de Gonzalo?

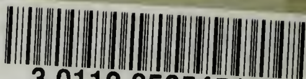
—Gonzalo estará acá hasta mañana, pues debe llegar con la juventud y los obreros de la Organización Católica Nacio-

nal; ha ingresado al parlamento, como uno de los representantes de aquélla.

—Demos gracias á la Santísima Virgen de Copacabana y alabemos los designios de su Divino Hijo, pues, de todos nosotros ha sabido hacer hombres útiles á su patria y á la humanidad: á tí, deparándote un hogar cristiano, centro de virtudes y de edificación social; destinando á Gonzalo á la vida pública, para que sea un adalid de la causa católica, y disponiendo de mí que sea marino, para que navegando por lejanos mares, venga el olvido....

Fin





OBRAS DEL MISMO AUTOR

Publicadas

Reflexiones Psico-estéticas—(Narración).—1910.

Al margen de una romería á Copacabana–(Impresiones).—1911.

Las leyes sociológicas—(Estudio sociológico).—1912

Hacia Copacabana–(Novela).-1913.

En preparación.

Compendio de Sociología--(en colaboración con Tomás de los L. Molina.)

Tradiciones Paceñas.

Siluetas judiciales.